

SEMEJANTES A CRISTO

Tomado de: El discipulado Radical de John Stott

En Abril de 2007 celebré mi cumpleaños 86 y en esa ocasión anuncie mi retiro al ministerio público. Aunque a partir de ese momento rechacé las invitaciones para dar conferencias, ya me había comprometido para una presentación en la Convención de Keswick en julio de ese año. Este capítulo está basado en el texto de esa última conferencia. Recuerdo vivamente la pregunta esencial que nos dejaba perplejos a mis amigos y a mí cuando éramos cristianos principiantes: ¿Que propósito tiene Dios para los suyos? Sin duda nos habíamos convertido, pero y ¿ahora qué?

Por cierto conocíamos la famosa declaración del Catecismo Abreviado de Westminster, de que “el fin principal de hombre es glorificar a Dios y disfrutar de él para siempre”. También contábamos con una declaración todavía más breve, de apenas siete palabras, “ama a Dios, ama a tu prójimo”.

Pero ninguna de las dos parecía satisfactoria. Por eso quiero compartir donde encontró descanso mi mente, a media que voy llegando al final de mi peregrinaje sobre la Tierra. El punto central es este: Dios quiere que los suyos lleguen a ser como Cristo, porque su voluntad para el pueblo de Dios es la semejanza con Cristo.

En primer lugar, me propongo presentar la base bíblica de este llamado a la semejanza con Cristo; en segundo lugar, daré algunos ejemplos tomados del Nuevo Testamento; y en tercer lugar, mencionaré algunas conclusiones prácticas.

Base bíblica del llamado a la semejanza con Cristo

Este fundamento no se encuentra en un solo versículo, ya que se trata de algo más sustancial que difícilmente podría resumirse de esa manera. Consiste en tres versículos que haremos bien en mantener vinculados: Romanos 8.29, 2 Corintios 3.18 y 1 Juan 3.2.

El primer versículo está en Romanos 8.29: Dios “predestinó (a su pueblo) a ser transformados según la imagen de su Hijo”. Con la caída, Adán perdió buena parte (aunque no toda) de la imagen divina en la cual había sido creado. Dios ha restaurado esa imagen en Cristo. Ser conformados a la imagen de Dios significa ser como Jesús, y el propósito eterno de la predestinación de Dios es el de hacernos semejantes a Cristo. El segundo versículo 2 Corintios 3.18 “Todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor”. Hay un cambio de perspectiva, del pasado al presente; de la predestinación eterna de Dios

a la transformación presente de nuestro ser por medio del Espíritu Santo; del propósito eterno de Dios de hacernos semejantes a Cristo, a su obra en la historia por medio del Espíritu para transformarnos a la imagen de Cristo.

El tercer versículo esta en 1 Juan 3.2 “Queridos hermanos, ahora somos hijos de Dios, pero todavía no se ha manifestado lo que habremos de ser. Sabemos sin embargo, que cuando Cristo venga seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como él es”. Y si Dios está trabajando en dirección a esta meta, no es una sorpresa que nos llame a colaborar en él “Sígueme,” dice. “Imítenme”.

Muchos de nosotros hemos escuchado acerca del libro titulado *Imitación de Cristo*, escrito a comienzos del siglo quince por Tomás de Kempis. Se han publicado cientos de miles de ediciones y de traducciones, y es posible que, después de la Biblia, sea el libro más vendido en el mundo. En realidad no es un libro sobre la imitación de Cristo, ya que sus contenidos son más variados. Pero toma su título de las primeras palabras del libro, y la enorme popularidad que ha alcanzado es una indicación sobre la importancia del tema. Volviendo a 1 Juan 3.2: no sabemos, pero sabemos; no sabemos en detalle lo que seremos, pero sabemos que seremos como Cristo. Y en realidad no necesitamos saber más. Estamos satisfechos con la gloriosa verdad de que estaremos con Cristo y seremos como él es.

Tenemos entonces tres perspectivas (pasado, presente y futuro), todas las cuales apuntan a la misma dirección: el propósito *eterno* de Dios (fuimos predestinados...); el propósito *histórico* de Dios (estamos siendo transformados por el Espíritu Santo); y el propósito *escatológico* y final de Dios (seremos como él es...). En conjunto estas tres perspectivas apuntan a la misma meta de la semejanza con Cristo, porque la semejanza con Cristo es el propósito de Dios para su pueblo. Ahora que ya hemos establecido la base bíblica: que el propósito de Dios para su pueblo es la semejanza con Cristo, quiero ilustrar esta verdad con algunos ejemplos del Nuevo Testamento. Pero antes de comenzar, una declaración general de 1 Juan 2.6: “El que afirma que pertenece en él, debe vivir como él vivió”. Si declaramos ser cristianos, debemos ser como Cristo.

Algunos ejemplos del Nuevo Testamento

Debemos ser como Cristo en su encarnación

Algunos quizás retrocedan de inmediato llenos de horror ante semejante idea. Tal vez usted diga: “La encarnación fue un acontecimiento totalmente único, que no puede ser imitado”. La respuesta es “si y no” en el sentido de que el Hijo de Dios tomó sobre sí nuestra humanidad en Jesús de Nazaret, una vez y para siempre y sin

posibilidad de repetición, pero es “no” en el sentido de que somos llamados a seguir el ejemplo de su enorme humildad. Pablo pudo escribir en Filipenses 2.5-8:

La actitud de ustedes debe ser
como la de Cristo Jesús,
quien siendo por naturaleza Dios,
no consideró el ser igual a Dios
como algo a que aferrarse.
Por el contrario, se rebajó voluntariamente,
tomando la naturaleza de siervo
y haciéndose semejante a los seres humanos.
Y al manifestarse como hombre,
se humilló a sí mismo
y se hizo obediente hasta la muerte,
¡y muerte de cruz!

Debemos ser como Cristo en su actitud de servicio

Pasamos ahora de una encarnación a una vida entrega al servicio. Vayamos juntos al aposento alto donde paso la última noche con sus discípulos. Durante la cena se quitó el manto, se ciñó una toalla en la cintura, llenó un recipiente y lavó los pies de sus discípulos. Cuando terminó, volvió a su lugar y dijo: “Pues si yo, el Señor y el Maestro, les he lavado los pies, también ustedes deben lavarse los pies los unos a los otros. Les he puesto el ejemplo, para que hagan lo mismo que yo he hecho con ustedes “ (Juan 13.14-15).

Algunos cristianos toman el mandato de Jesús en forma literal y en algunas ocasiones practican la ceremonia del lavamiento de pies cuando celebran la Cena del Señor. Quizás tienen razón. Pero la mayoría hace una transposición cultural del mandato. Es decir, así como Jesús realizó lo que en su cultura era el trabajo de un esclavo, nosotros también debemos estar dispuestos a realizar en nuestro contexto cultural cualquier tarea, y no considerarla servil ni degradante.

Debemos ser como Cristo en su amor

Como escribió Pablo: “Lleven una vida de amor, así como Cristo nos amó y se entregó por nosotros como ofrenda y sacrificio fragante para Dios” (Efesios 2.5) Llevar “una vida de amor” es un mandamiento que indica que toda nuestra conducta debería estar caracterizada por el amor, pero “se entregó por nosotros” es una clara referencia a la cruz. Pablo no está comprometido a ser como Cristo en su muerte; nos alienta a amar con el amor del calvario.

¿Se da cuenta? Pablo nos anima a ser como el Cristo de la encarnación, el Cristo del lavamiento de pies, y el Cristo de la cruz.

Estos sucesos en la vida de Cristo muestran con claridad lo que significa parecernos a Cristo en la práctica. Por ejemplo, en este mismo capítulo Pablo ordena a los esposos a amar a sus esposas como Cristo amo a la Iglesia y se entregó por ella (Efesios 5.25).

Debemos ser como Cristo en su paciente resistencia

En el próximo ejemplo consideraremos la enseñanza de Pedro, no de Pablo. Cada uno de los capítulos de la primera carta de Pedro contiene una alusión al sufrimiento en nombre de Cristo, ya que el trasfondo de la carta es el comienzo de la persecución.

En el capítulo 2, Pedro exhorta a los esclavos cristianos a soportar cuando los castiguen injustamente, y a no devolver mal por mal (1 Pedro 2.18). Hemos sido llamados a conducirnos de esta manera porque Cristo también sufrió, y nos dejó un ejemplo para que siguiéramos sus pasos (1 Pedro 2.21).

Este llamado a la semejanza de Cristo cuando sufrimos injustamente puede llegar a ser cada vez más relevante a medida que en la actualidad aumenta la persecución en muchos contextos culturales.

Debemos ser como Cristo en su misión

Después de haber considerado la enseñanza de Pablo y de Pedro, llegamos ahora a las instrucciones de Jesús tal como la registró Juan (Juan 17.18; 20.21).

Al orar, Jesús dijo a su Padre: “Como tú me enviaste al mundo, yo los envío también al mundo”; y al comisionar a sus discípulos, dijo: “Como el padre me envió a mí, así yo los envío a ustedes”. Estas palabras tienen un significado inmenso.

Estas palabras no son solamente una versión de la Gran Comisión registrada por Juan en su evangelio; también son una indicación de que la misión de los discípulos en el mundo debía semejarse a la de Cristo. ¿En qué sentido? Las palabras claves son “yo los envío al mundo”. Es decir, así como Cristo tuvo que entrar a nuestro mundo, nosotros debemos entrar en los mundos de otras personas.

Eso fue explicado de manera elocuente por el arzobispo Michael Ramsay, cuando dijo: Declaramos y recomendamos la fe solo en la medida en que nos ponemos a nosotros mismos en las dudas de los que dudan, en las preguntas de quienes preguntan, y en la soledad de los que han perdido el rumbo”

Esta actitud de entrar en el mundo de las otras personas es exactamente a lo que nos referimos por misión encarnada, y toda misión autentica es una misión encarnada. Debemos ser como Cristo en su misión.

Estas son, quizás las cinco principales formas en que debemos ser semejantes a Cristo: debemos ser como él en su encarnación, en su servicio, en su amor, en su resistencia, y en su misión.

Tres aplicaciones prácticas

Concluimos ahora con tres aplicaciones prácticas del fundamento y de los ejemplos sobre la semejanza con Cristo que hemos considerado.

La semejanza de Cristo y el misterio del sufrimiento

No cabe duda de que el sufrimiento es en sí mismo una cuestión enorme, y hay muchos caminos que los cristianos recorren para tratar de comprenderlo. Pero hay uno que se destaca, y es que el sufrimiento es parte del proceso por el que Dios nos vuelve semejantes a Cristo. Ya se trate de una desilusión o de una frustración, tenemos que verlo a la luz de Romanos 8.28-29.

Según Romanos 8.28, Dios siempre está obrando por el buen propósito de quienes les pertenecen, y según Romanos 8.29 este buen propósito es hacernos semejantes a Cristo.

La semejanza con Cristo

Y el desafío de la evangelización

¿Por qué ocurre con frecuencia que nuestros esfuerzos de evangelización sucumben en el fracaso? Podemos dar varias razones, y no quiero simplificar la respuesta, pero una de las razones principales es que no nos parecemos al Cristo que proclamamos.

John Poulton escribió al respecto en su perceptivo librito *A Today Sort of Evangelism* (Un evangelio actual):

La predicación más efectiva es la de aquellos que encarnan lo que dicen. Ellos son su mensaje... Los cristianos... deberían parecerse a aquello de lo cual están hablando. La principal fuente de comunicación son las personas, no las palabras o las ideas... La autenticidad... llega desde lo profundo del interior de las personas... Una falta momentánea de sinceridad puede arrojar dudas sobre todo lo que se haya comunicado... Lo que, en esencia, comunica es la autenticidad personal.

De manera similar, un profesor hindú dijo una vez, al identificar a uno de sus alumnos como cristiano: “Si ustedes los cristianos vivieran como Jesucristo, mañana mismo India estaría a sus pies”.

Otro caso es el del reverendo Iskandar Jadeed, un árabe antes musulmán que expreso: “Si todos los cristianos fueran cristianos, hoy ya no quedaría nada de Islam”.

No conozco personalmente a los que dijeron estas palabras, pero las considero genuinas.

La semejanza con Cristo y la llenura del Espíritu

He hablado mucho acerca de la semejanza con Cristo, pero ¿Cómo resulta posible? Es evidente que no lo es por nuestra propia fuerza, pero Dios nos ha dado su Espíritu Santo para ayudarnos a cumplir su propósito.

William Temple solía ilustrar este concepto, recurriendo a Shakespeare:

No sirve de nada que me entreguen una obra como *Hamlet o el rey Lear*, y me digan que escriba una obra similar. Shakespeare podía hacerlo; yo no puedo.

Tampoco sirve de nada mostrarme una vida como la que vivió Jesús, y decirme que viva de esa manera; Jesús podía hacerlo, yo no puedo.

Pero si pudiera venir el genio de Shakespeare y viviera en mí, entonces yo podría escribir obras como la de él.

Y si viniera el Espíritu de Jesús a vivir en mí, entonces yo podría vivir como él vivió.

El propósito de Dios es hacernos semejantes a Cristo, y la manera de hacerlo es llenarnos con su Espíritu Santo.